

el amor conyugal en la sagrada escritura

j. l. sicre

Cualquier tema bíblico que nos propongamos estudiar encuentra en su desarrollo una espada de dos filos, característica de toda la Escritura: su extraordinaria riqueza. Ventaja por la amplitud de datos, inconveniente por la dificultad de sintetizarlos. La Biblia abarca los más diversos aspectos de la realidad humana. La historia y la profecía, lo poético y lo filosófico, el ideal y la realidad, el proyecto y su realización se entrelazan y cruzan, desbordan con frecuencia nuestros limitados horizontes y posibilidades, haciendo sumamente difícil la labor de exposición. Lo que afirmamos de cualquier tema bíblico podemos aplicarlo con toda razón al matrimonio.

Esta riqueza desbordante de la Biblia es la que me ha impulsado a ceñirme a un solo aspecto, el amor conyugal, renunciando a tratar de las cuestiones morales (poligamia, divorcio, fecundidad), las influencias histórico-religiosas de los pueblos vecinos y el aspecto institucional y costumbrista del matrimonio en Israel. Estudiaremos, ante todo, la realidad del amor conyugal a través de los diversos matrimonios bíblicos, con sus zonas de luces y sombras. A continuación de la realidad nos fijaremos en el ideal, tal como se nos transmite a través de los libros proféticos y sapienciales, y que alcanza su culminación en el amor de Cristo por su esposa, la Iglesia.

el punto de partida

Ha escrito H. Jenny que “la Biblia es un inmenso canto de amor del hombre y de la mujer, del esposo y de la esposa; es la historia maravillosa y trágica de un gran amor, el de Dios y de su Pueblo, el de Cristo y su Iglesia, y también de un amor cuyas bellezas hacen resplandecer hasta los más humildes amores del hombre y de la mujer cristianos”.

La historia de este amor comienza en el Génesis, con la creación del hombre. Los dos primeros capítulos de este libro nos dan dos versio-

nes diferentes y de épocas distintas, más antigua la del capítulo segundo. Centrándonos en nuestro tema vamos a fijarnos solamente en esta segunda narración, más dramática, más rica en detalles, aunque menos depurada y más pesimista, por su orientación hacia el pecado original. Dios crea al hombre y lo sitúa en medio de "árboles hermosos a la vista y sabrosos al paladar", en una región regada por cuatro ríos, signo de extraordinaria riqueza. Pero advierte su soledad: "No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle una ayuda proporcionada a él" (Gen 2,18). Comienza entonces un verdadero desfile de "todos cuantos animales del campo y cuantas aves del cielo formó de la tierra. . . Pero entre todos ellos no había para el hombre ayuda semejante a él". Forma entonces Dios a la mujer de la costilla de Adán y se la presenta. La respuesta del hombre es una de las frases más entusiastas y bellas de los primeros capítulos de la Biblia: "Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne" (2,23). El hombre encuentra en la mujer una ayuda proporcionada a él, un verdadero complemento con el que puede formar una sola carne, un ser por el que está dispuesto a abandonar a su padre y a su madre. El texto deja claro que el amor conyugal es el más fuerte de la tierra, más fuerte aún que el amor filial. "Aunque no podemos ver aquí todo el contenido de la idea moderna de intersubjetividad conyugal, la expresión "una sola carne" designa evidentemente la existencia común, el diálogo encarnado, las relaciones de paz que unen al hombre y a la mujer" (Schillebeeckx).

Sin embargo, en este ambiente de entusiasmo, de descubrimiento de una realidad maravillosa, se introduce el enemigo. Con el pecado original comienzan las sombras en el matrimonio, se produce la primera disensión de la historia humana. La mujer, compañera y ayuda del hombre, le incita al mal; el hombre, su protector, la acusa ante Dios. Los que estaban unidos se convierten en enemigos. Una de las consecuencias más terribles de la ruptura con Dios es la ruptura del hombre con la mujer, que habrá de soportar su servidumbre: "Y buscarás con ardor a tu marido, que te dominará".

A partir del pecado la historia humana se ve inundada por oleadas sucesivas de luces y sombras que, con frecuencia, convergen en un mismo punto. Y así advertiremos que, junto a las grandes alegrías e ilusiones, brotan las amargas, la envidia, la disensión entre los esposos.

Las luces del amor

Hoy estamos de acuerdo en admitir que el noviazgo, tomado con seriedad, es la base de un matrimonio feliz. Sin embargo, el noviazgo, tal como lo concebimos hoy día, no existía en Israel. Las relaciones frecuentes entre los jóvenes estaban sustituidas por la intervención de los padres que escogían esposa para sus hijos mediante el pago de una cantidad o de unos productos determinados. Ni siquiera es preciso que los jóvenes se amen y conozcan antes del matrimonio, como ocurre con Isaac y Rebeca, Tobías y Sara.

No obstante, en el caso de Jacob sí se da un auténtico noviazgo, uno de los más bellos de la historia bíblica, un verdadero poema amoroso.

Huyendo de su hermano Esaú llega a Mesopotamia. Allí conoce a Labán, hermano de su madre, y se enamora de su hija Raquel. "Tenía Labán dos hijas. Lía, la mayor, era tierna de ojos; pero Raquel, la menor, era muy apuesta y hermosa. Amaba Jacob a Raquel y dijo a Labán: te serviré siete años por Raquel, tu hija menor". Tras el contrato, admitido por ambas partes, indica el autor sagrado: "Sirvió Jacob por Raquel siete años, que le parecieron sólo unos días por el amor que le tenía" (Gen 29,20). Pero Labán le engaña, entregándole a Lía. Jacob no tendrá inconveniente en volver a servir otros siete años con tal de conseguir a la mujer que desea.

Ya hemos dicho que este caso es una excepción. Sin embargo, a pesar de la forma algo impersonal y fría con que acostumbra comenzar el matrimonio en Israel, hay que reconocer que se dan en ellos numerosos momentos de felicidad. Podríamos preguntarnos: ¿En qué radica esta felicidad de los matrimonios bíblicos? Con todos los riesgos que supone el esquematismo indicaré tres causas: la belleza femenina, que suscita el amor, la fecundidad y la ayuda mutua. Con esto no descubro nada nuevo ni específico; pero creo exponer, en síntesis, los datos ofrecidos por la Escritura.

Resulta sorprendente el interés de la Biblia por exaltar la belleza y las virtudes de la elegida. De Rebeca dice: "La joven era hermosa y virgen, que no había conocido varón" (Gen 24,16). Raquel era "muy apuesta y hermosa" (29,17). Abigail, "mujer juiciosa y de hermosa apariencia" (1 Sam 25,3). Sara, la futura esposa de Tobías, es "una joven bella y discreta" (Tob 6,10). Rut, un ejemplo de piedad, de sacrificio, de confianza en Dios. De Mikal, primera esposa de David, no se dice nada en este aspecto; pero es el único caso de la Escritura en que se dice que una mujer está enamorada de un hombre y le ama (1 Sam 18,20). Este solo dato tiene mucho más valor que cualquier otro. No extrañará, pues, que Isaac ame a Rebeca y se consuele de la muerte de su madre (Gen 24,67); que David mande a buscar a Abigail cuando ésta quede viuda; que Tobías sintiese gran amor por Sara y se le apegase a ella su corazón; que Boz se sienta atraído por Rut.

La ayuda mutua, el atravesar juntos las mismas dificultades y las mismas horas monótonas también sirve para unir a los esposos. Sara protege a Abrahán, haciéndose pasar por su hermana para que no lo maten. Mikal ayuda a escapar a David cuando Saul intenta asesinarlo. Rut se une a Boz en su ancianidad y no busca "a ningún joven, ni rico ni pobre" (3,10). Pero la mujer ayuda a su esposo no sólo en estos casos extremos, sino en los momentos vulgares de cada día. Es la compañera, el complemento; en ella confía el corazón de su marido cuando es misericordiosa, trabajadora, sensata (cf. Prov. 31,10-31). Son estas cualidades de entrega y sacrificio las que alegran a la familia y hacen que los esposos deseen, igual que Tobías y Sara, "poder llegar juntos a nuestra ancianidad" (Tob 8,7).

Sin embargo, lo que quizás constituye la base más frecuente de gozo es la fecundidad; porque los hijos, además de simbolizar el amor mutuo de los esposos y alegrar el hogar, son un signo de la bendición divina. Este tema es tan conocido que el escaso espacio del artículo me

impide desarrollarlo. Insistiré algo más sobre él cuando analice su contrapartida, la esterilidad.

Formulémonos ahora la pregunta: ¿Ha existido algún matrimonio feliz en la historia bíblica? La felicidad perfecta no ha existido ciertamente. Quizás podría entrecerse en algunas narraciones, como las de Boz y Rut, Tobías y Sara. Pero, a parte de lo sucintas, no ofrecen las garantías de verdaderas historias para poder deducir esta felicidad hasta la muerte. Las historias reales, las que se han ido repitiendo hasta nuestros días con nombres y situaciones diferentes presentan un cierto matiz trágico que les da un sello de verosimilitud.

las sombras en el amor

Como insinué antes, una de las principales causas de desavenencias es la esterilidad. Sería interesante hacer el recuento de las mujeres estériles de la Biblia. Parece que muchas de las más importantes lo fueron: Sara, Rebeca, Raquel, Ana, la esposa de Elcana, Isabel, esposa de Zacarías. Quizás sea un simple método de realzar la intervención posterior de Dios, que concede los hijos como un don suyo. Lo cierto es que el hecho se repite, y trae graves consecuencias.

La esterilidad de Sara preocupa a Abrahám y amarga a su esposa; cuando toma a Agar y nace Ismael las desavenencias no disminuyen, sino aumentan, y el patriarca se ve forzado a expulsar a su propio hijo junto con la esclava. "Muy duro se le hacía esto a Abrahám, a causa de su hijo" (Gen 21,11). Pero ha de hacerlo. No sé si soy injusto con Sara al considerarla el prototipo de la mujer estéril. Sus celos, su envidia, sus caprichos —casi diría, su crueldad— contrastan con la figura gigantesca de su esposo. Sin embargo, Abrahám la amaba, confiaba en ella; el episodio de la sepultura de Sara es de gran belleza (Gen 23). El mismo sería sepultado más tarde junto a su esposa (25,10).

También Isaac tuvo que sufrir en su matrimonio. Rebeca era estéril. Y los hijos, cuando nacen, son causa de preocupación, de engaños, de rivalidades. Cuando Esaú se casa tomó por mujeres a Judit y a Besemat, "que fueron para Isaac y Rebeca una amarga pesadumbre" (Gen 26,34s). Tampoco Jacob fue muy dichoso. Su matrimonio, que comenzó con un verdadero idilio, se transformó poco a poco en un semillero de discordias por las rivalidades entre Lía y Raquel. Los capítulos 29 y 30 del Génesis son bastante tristes en este aspecto. La prosperidad de Jacob deberá limitarse a ser "rico en extremo, dueño de numerosos rebaños, de siervos y siervas, de camellos y asnos" (30,43). Poca cosa, a fin de cuentas, en comparación con tantas desavenencias, la mentira y el robo de Raquel, la violación de su hija Dina, el episodio de Rubén y Bala. Junto a la esterilidad, la segunda fuente de desunión es la poligamia. Aunque admitida en el Antiguo Testamento, nunca se propone como ideal de vida. Ya hemos visto las consecuencias que trajo a Jacob. Más claras quedan todavía en los matrimonios de David, tan famosos como infelices. El primero, con Mikal, pudo haber sido un verdadero éxito, pero quedó roto por la envidia de Saul. Y comienzan a aparecer en la

vida del rey una serie de mujeres, tan numerosa, que dudamos pudiesen satisfacer su corazón: Abigail, Ajinoam, Maaká, Jagguit, Eglá. Más tarde se indica: "Tomó David más concubinas y mujeres de Jerusalén" (2 Sam 5,13). Quizás su soledad profunda sea la que explique el pecado con Betsabé, aumentado por el asesinato de Urías. La amenaza de Dios es tremenda: "Tomaré tus mujeres ante tus ojos y se las daré a otro que se acostará con tus mujeres a la luz del sol" (12,11). Poco después "hirió Yavé al niño que había engendrado a David la mujer de Urías y enfermó gravemente", muriendo al séptimo día, a pesar de las instantes súplicas y ayunos del rey.

Esta sucinta exposición, a pesar de estar basada en la Biblia, puede resultar demasiado pesimista. Por eso deseo insistir en que el amor y la felicidad no faltan en la Biblia. Están presentes en el comienzo y desarrollo de numerosos matrimonios. Perduran a veces hasta la vejez y la muerte. Pero las zonas de sombra no faltan. Son en ocasiones demasiado abundantes, con una crueldad sangrienta. Es curioso que la palabra y la acción de Dios se nos hayan transmitido en un contexto dominado por dos realidades tremendamente humanas y, con frecuencia, de suma baja: la guerra y el dominio sexual. Dios no huye la vida de cada día. Se revela en ella, en sus fracasos, en sus asesinatos sangrientos, en los episodios trágicos de Tamar, Amnón, Dina y Betsabé, en los pecados de David, en las envidias de Sara y Raquel, en la desesperanza de Ana, en el matrimonio tardío de Boz, en las noches suplicantes de Tobías, en la ancianidad estéril de Isabel. A través de todo lo bajo y degradante del hombre —mezclado con frecuencia con una suma grandeza— Dios va abriendo un camino, va indicando una meta a conseguir, va preparando una revelación futura y definitiva.

Porque la Biblia no se limita a constatar hechos, como los que hemos presentado hasta ahora. Propone también una serie de ideales y normas de vida. Aunque la poligamia no se haya extendido en Israel seguirá teniendo valor la frase del Génesis: "serán dos en una sola carne". Aunque los celos y las envidias destruyen numerosos matrimonios, amargando la vida de los cónyuges, seguirá siendo verdad que el hombre y la mujer deben ayudarse y complementarse. El ideal permanece. Más aún, va a ser sublimado con la enseñanza de los profetas y con la irrupción del cristianismo.

el matrimonio en los profetas

Uno de los temas más aludidos por los profetas para indicar las relaciones entre Dios y su pueblo es el del matrimonio. Dejemos claro desde el principio que no intentan hacer una teología del matrimonio, ni dar unos consejos determinados a los esposos. Lo que ellos buscan es resaltar el amor de Dios que ha elegido a la virgen de Israel, la ha desposado, la ama, mientras ésta marcha tras otros amantes, olvidándose de su verdadero esposo. De todos modos, al escoger el matrimonio como símbolo de las relaciones entre Dios y su pueblo, los profetas exaltarán indirectamente el amor conyugal, manifestándonos que esta rea-

lidad, a pesar de sus muchas tinieblas, sigue siendo una de las más sublimes.

El primero que alude al tema es Oseas (1-3). Vuelve a aparecer en Jeremías (2,2; 3,1-13), Isaías (54,4-8; 62,3-5) y Ezequiel (16 y 23). No podemos detenernos en el examen de cada uno de estos libros. Pero indirectamente, como decíamos, están llenos de enseñanzas para la vida de los esposos. La bondad, la benevolencia, la ternura misericordiosa de Dios son el modelo del amor del hombre por la mujer; el hombre no debe esclavizar, sino buscar el bien y la felicidad de la esposa, elevarla hasta él si es de condición inferior; incluso traicionado puede salvar aún a la culpable, restaurar el hogar destruido, hacer revivir la fe jurada y profanada. En cuanto a los extravíos de Israel y Judá hacen ver, por contraste, lo que debiera ser la fidelidad amante de la esposa. Es difícil valorar la influencia que tuvieron estas profecías entre los israelitas. Pero, sin duda, contribuyeron a depurar los sentimientos masculinos ante la mujer, ennoblecieron la idea del matrimonio, promovieron la unión estrictamente monogámica.

los libros sapienciales

Con ellos nos introducimos en una concepción nueva del matrimonio, en la que la ética va alcanzando un predominio cada vez más marcado. La integridad moral y religiosa resulta un tema más frecuente que el simple amor del hombre por su mujer. Los coloquios amorosos del Cantar de los Cantares no se encuentran por ninguna parte.

Ciertamente, sus autores estiman a la mujer. "Quien halló una mujer halló algo bueno y alcanzó favor del Señor" (Prov 18,22). Una de las cosas más agradables es "un marido y una mujer que se entienden bien" (Si 25,1). Semejante dicha sólo la alcanza el que teme a Dios: "Feliz el marido de la mujer buena. . . La mujer buena es buena herencia, asignada a los que temen al Señor; sea rico o pobre su corazón es feliz, en todo tiempo alegre su semblante" (Si 26,1-4). "Si en su lengua hay ternura y mansedumbre su marido ya no es como los demás hombres. El que adquiere una mujer adquiere el comienzo de la fortuna, una ayuda semejante a él y columna de apoyo. Donde no hay valla, la propiedad es saqueada; donde no hay mujer, gime un hombre a la deriva" (Si 36,22-25).

Por tanto, un matrimonio feliz es una bendición de Dios (Prov 18,22; 19,14). Aún admitiendo que "la gracia de la mujer recrea a su marido" (Si 26,13) y que "la belleza de la mujer recrea la mirada, y el hombre la desea más que ninguna cosa" (Si 36,22), la literatura sapiencial parece oponerse en cierta medida al Cantar y evita exaltar la belleza corporal, porque el creyente sólo puede gozarse en un amor fiel y en una virtud sólida.

La literatura de este tipo pone en guardia, en numerosas ocasiones, contra el adulterio y la infidelidad (Si 23,18-21; Prov 5) y exige prudencia ante la mujer del prójimo (Prov 5,2-14; 7,5-27). Por contraste, anima a la unión íntima de los esposos, a la entrega mutua, amorosa y fiel.

En este contexto aparece uno de los textos más bellos de la Escritura, más propio de los Cantares que de este tipo de libros que venimos analizando: "Gózate en la mujer de tu juventud (es decir, en tu primera esposa), sierva amable, graciosa gacela; tenga ella su conversación contigo, embriáguente en todo tiempo sus amores, su amor te apasione para siempre" (Prov 5,18s).

Notemos, por último, que la fecundidad pasa a segundo plano. La virtud de los esposos supera a la capacidad de engendrar hijos. La familia numerosa no es una bendición cuando no se teme a Dios. "Mejor es la esterilidad con la virtud". "Feliz la mujer que, aunque sea estéril, se encuentra sin pecado; dichoso también el eunuco que no ha obrado la maldad con sus manos" (Sab 3,12s). Estas palabras convierten en teoría aquella frase tan hermosa dicha por Elcana a su esposa durante su esterilidad: "Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué estas triste? ¿Es que no soy yo para tí mejor que diez hijos?" (I Sam 1,8). Si tenemos en cuenta los numerosos problemas suscitados anteriormente por la esterilidad, considerada como castigo de Dios y una afrenta pública, comprenderemos el avance tan enorme que supone esta nueva doctrina.

Nos hemos referido con frecuencia al Cantar de los Cantares. Aunque sólo sea brevemente indicaremos algo sobre él. Es una obra lírica israelita muy antigua, inspirada en la literatura cortesana de Egipto; no está formada por poesías populares, sino de piezas escritas en el ambiente del humanismo de Salomón y que se remontan, por consiguiente, a la época de los Reyes.

Como dice Schillebeeckx, "es un evangelio del amor erótico y de la sexualidad". El mismo comienzo lo indica: "Bésame con los besos de su boca. Mejores son que el vino tus amores" (1,1). La expresión amorosa adquiere un acento insospechado y nuevo en la literatura bíblica. "Me robaste el corazón, hermana mía, esposa, me robaste el corazón con una mirada tuya. Qué hermosos son tus amores, hermana mía, esposa. ¡Qué sabrosos tus amores, más que el vino" (4,9-10). La belleza corporal, exaltada al máximo, y el efecto mutuo corren paralelos hasta estallar en el canto final: "Ponme cual sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo. Porque el amor es fuerte como la muerte, obstinado como el seol los celos. Saetas de fuego sus saetas, una llama de Yavé. Grandes aguas no pueden apagar el amor, ni los ríos anegarle" (8,6-7).

A pesar del escándalo absurdo que entre algunos suscita el Cantar de los Cantares creo que es uno de los libros que exponen las ideas más concordantes con el ideal matrimonial del Génesis. El entusiasmo amoroso del esposo y la esposa del Cantar concuerdan mucho con la exclamación entusiasta de Adán cuando ve por vez primera a la mujer: "Esto si que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne". En definitiva, el Cantar nos presenta de forma poética las ilusiones y alegrías de Abrahám y Sara, de Isaac y Rebeca, de Jacob y Raquel, de Tobías y Sara. Las ilusiones del amanecer, cargadas de esperanzas.

Pero ya vimos como no todo es idilio en el matrimonio; cómo surgían las dificultades y las pruebas, los momentos amargos. En esos instantes la poesía de los Cantares no ayuda demasiado; resulta excesivamente

optimista. El matrimonio de nuestra época que busque en la Biblia un ejemplo vivo, eterno, constantemente válido en medio de todas las tribulaciones para mantener su amor sólo podrá encontrarlo en el punto culminante de la revelación, en el amor de Cristo a su Iglesia.

el ejemplo de Cristo

Fue San Pablo quien formuló la idea. En la carta a los Efesios dice: "Maridos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella. . . Así deben los maridos amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne; antes bien, la alimenta y cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia" (5,25-29). A la inversa, "así como la Iglesia debe estar asumida a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo" (5,24).

La imagen paulina nos recuerda el amor de Dios por su esposa infiel en la predicación de los profetas. Sin embargo, en la Nueva Alianza todo queda sublimado. No existen ya las amenazas del castigo, sino la fuerza operante del amor. No son los mensajeros de Dios los que predicán, sino es el mismo Dios quien interviene. No se exhorta a la fidelidad y a la conversión, sino que el mismo Cristo da la vida por su esposa "para santificarla. . . y presentarla resplandeciente, sin que tenga mancha ni culpa, ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada" (5,27). Dijo Cristo en una ocasión que no hay mejor amor que el del que da la vida por su amigo. En el matrimonio, no hay mayor amor que el del esposo que da la vida por la esposa. Este es el ejemplo de Cristo.

El sabe que su matrimonio no será plenamente feliz hasta el final de los tiempos, cuando le sea presentada su esposa "engalanada como una novia ataviada para su esposo (Ap 21,2). Sólo en aquel momento no habrá ya ni llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado (Ap 21,4). Pero mientras, Cristo ha de sufrir por su esposa, por rescatarla, por mantenerla fiel, por limpiarla de toda mancha y perdonarle toda culpa. En cualquier aspecto de la vida cristiana Cristo es el único punto de partida, el único ejemplo a seguir, la única solución. Y esta idea basta con anunciarla y recordarla. Todo lo que quisiéramos añadir sería mera palabrería.

Terminemos diciendo que los elementos analizados se conjugan en las vidas de nuestros matrimonios. La realidad se parece mucho a la de aquellos esposos que considerábamos en la primera parte. Pero el ideal, con la fuerza necesaria para realizarlo, se encuentra también ante nosotros en Cristo. En la Alianza neotestamentaria el matrimonio cristiano ha conseguido una "ayuda proporcionada a él"; el ejemplo vivo del amor de Cristo por su Iglesia.